

terminables de nostalgia... Y narrando aquellos combates íntimos, Claudio la cortejaba diciendo que ella sería la fuente, siempre fresca, de su inspiración; y también su contento, su sostén en los momentos de cruel desmayo.

—Ya que nos hemos conocido, amémonos—decía el pintor—, yo no pretendo conocer tu historia; sólo anhelo tu presente y tu porvenir, que embellecerá el mío si seguimos juntos. Tú, Matilde, eres buena; pero ese hombre es tu perdición, el cerebro de coreho que con su ineptitud te empuja al abismo...

Ella callaba y languidecía.

—Yo — continuó Antúnez — tengo corazón, pasiones vírgenes que me escandecen, y no te dejaré morir en el océano de vulgaridad donde hoy te ahogas; no tendré para ti esas ridículas atenciones que tanto placen a las mujeres frívolas, pero sí arrebatos que calmarán tu anhelo de niña que quiere ser amada hasta la perdición. En ti compendiaré todos mis afectos: tú serás mi madre, mi mejor amigo, el sol fecundador de mi cerebro, la musa inspiradora de mis mejores cuadros, la querida de carnes lujuriantes que substituirá a mi helada quimera de ojos verdes...

La joven languidecía y él continuó hablando. Después, sin poder dominarse más, la cogió por el cuello y la besó en la boca; una vez, dos, muchas con ardor de macho encelado: ella, al principio, se defendió con arrulladoras protestas de hembra que quiere ser poseída, y al fin, se abandonó... Allí fué; junto a aquellos arcos de piedra por donde pasa el Canal de Lozoya, en el fondo de aquel grupo de árboles desnudos, bajo aquel cielo blancuzco, de invierno, que iba envolviendo los campos en un velo de brumas... Claudio Antúnez, en el apogeo de su delirio, cogió a Matilde por el talle, aupándola entre sus brazos; pare-

cía con su elevada estatura y sus hombros de titán, un Hércules jugando con una figurita de porcelana de Sévres.

Así empezaron sus amores, de golpe, como acontece en los corazones acostumbrados a querer y que no sacrifican el deleite al pudor: Matilde Landaluze, dejándose vencer, rindió al pintor; ella era el destino y Claudio seguiría encadenado a su amor, como Ixión a la rueda de su tormento.

IV

Aquella caída inicial provocó otras muchas; las primeras ocurrieron en el mismo sitio: en el cauce del arroyo seco, junto a los arcos de piedra, a la puesta del sol, sobre el suelo húmedo; aquél era su tálamo, su dosel, el cielo infinito; allí, abandonados a los libres impulsos de su pasión, abrazándose mientras hablaban y arrebatándose los besos de la boca, fantaseando y riendo, y enfadándose para reconciliarse en seguida, parecían dos figuras de la poesía clásica, dos pastores de Arcadia forzados por la necesidad a vestir a la europea, pero que conservaban su amor a la libertad y a las campiñas solitarias.

Después, aquel sitio donde siempre se reunían con zozobra, temerosos de que el ojo avizor de algún guardia les sorprendiese, empezó a serles molesto, y entonces Claudio se acordó de Antonia Carrasco, una amiga complaciente y sufrida, cuya casa le servía desde antiguo para centro de sus devaneos y trapisondas.

Era la tal, una viejecilla enjuta y avellanada, tan seca y mal perfilada de rostro como tacaña de cuerpo, y con pies y manos de muñeca; sólo conservaba de su antigua belleza, que debió de

ser graciosa y picante, unos ojos negros muy expresivos y un carácter siempre alegre; en éste y en su mirada se había refugiado su lejana juventud, y aquel residuo de travesura infantil imprimía vivacidad simpática a los movimientos todos de su persona; su espíritu, dotado de inagotable buen humor, luchaba contra el cuerpo decadente, sacudiendo el marasmo de su vejez y obligándola a vivir una juventud contrahecha, tristemente cómica, como la de un pulchínola.

Como mujer habituada a las fáciles costumbres del mundo vicioso, harta de saber cómo se rinden las virtudes más austeras y la duración de las pasiones más ardientes, persuadida de que la dignidad y el honor son conceptos elásticos que varían según las circunstancias y el temperamento linfático o sanguíneo del individuo, tenía una conciencia bonachona, una moral tolerante de vieja corrida que todo lo disculpa. Nada la sorprendía, de nada podía admirarse, y a su juicio, los exagerados puritanismos sólo cuadran bien en las niñas que salen de los conventos creyendo que los hombres son como Cristo, ese marido frío que nunca cierra los brazos para estrechar a sus esposas: la joven que huye con el novio, el hermano que deja a su hermana rodar por el arroyo sin estorbar sus placeres; el marido cesante que permite a su mujer andar por los ministerios buscándole un destino, el adulterio... todo lo encontraba Antonia Carrasco, si no natural, excusable al menos: aquéllas eran flaquezas humanas, debilidades incorregibles de la carne, necesidades de la juventud enamoradiza; eran *cosas de la vida*, como ella decía, condensando en esta frase vulgar todo lo sucio, lo repugnante, lo pornográfico, lo que no puede decirse.

Vivir, a su juicio, era reír, beber y prostituirse; parecía una vieja del mundo pagano, acos-

tumbrada a las lupercales de la Roma antigua; y si la hubiesen dicho que a orillas del Manzanares había un grupo de mujeres y de hombres desnudos bailando alrededor de un tonel de vino, se hubiera callado benévolutamente, echando sobre aquella orgiástica explosión de la humana lujuria una sonrisa de perdón.

Habitaba en la calle de Pozas una bohardilla, y aquél fué el escondrijo donde Matilde y el pintor ocultaron sus amores. Unos días se citaban por la mañana, otros por la tarde, según lo permitiesen los obstáculos que ella tenía que vencer para salir; iban separados y el que primero llegaba esperaba al otro.

El cuarto constaba de una cocina muy pequeña y de dos habitaciones: una de ellas, la interior, era el saloncito, decorado con una consola con piedra de mármol y algunas sillas; en la otra, que tenía una ventana al tejado, había un lecho y un par de sillas, junto a un brasero que la previsión de Antonia Carrasco cuidaba de encender antes de que Claudio y Matilde llegasen: estas habitaciones estaban separadas por una puerta endeble, viejísima, bajo la cual quedaba un espacio de cuatro dedos.

Aquella alcoba fría, desmantelada, sin más abrigo que el ofrecido por el brasero y una esterilla de esparto, fué para el pintor la realización del paraíso prometido. Todos los días se aguardaban con idéntica emoción, y no bien Antonia salía, cerrando la puerta y dejándoles solos, se precipitaban el uno en brazos del otro. Ella se acomodaba sobre las rodillas de Antúnez, al amor del braserillo, después de quitarse los guantes y la capa para no sentir frío a la salida, y mientras él la besaba los ojos y la nuca, ella reía relatando las dificultades que hubo de vencer para salir;

siempre había algo: su madre, su marido, una vecina indiscreta...

—No sé a dónde vamos a llegar—decía—; cada escapatoria supone un andamiaje de mentiras que el peor día se descubren...

El recompensaba tanta abnegación besándola mucho, y todo lo olvidaban; y si Claudio llevaba una botella de Jerez y algún bocadillo succulento, la comida fortalecía los estómagos, transformando su entrevista en pequeña orgía en la cual el amor era la salsa sazonzadora de los manjares.

Empezaban hablando tranquilamente como amantes fríos que no necesitan recurrir a las manos para expresar sus pensamientos; después el vino y la conversación, obrando de consuno, despertaban el entusiasmo; ella charlaba y reía, reía siempre, con su carita picaresca de ángel caído y unas carcajadas alegres, sugestivas, como el agudo repiqueteo de una bandurria; enseñando sus dientes blanquísimos de lobeño, pequeños y apretados; frunciendo sus naricillas, contrayendo los ojos, alrededor de los cuales se formaban dos manojitos de arrugas que concurrían en un solo punto, como las varillas de un abanico abierto; estremeciéndose con espasmos nerviosos que la conmovían de pies a cabeza, y aplaudiendo los chistes del pintor o los suyos con carcajadas sonoras, argentinas, y su frase favorita:—«¡Eso tiene gracia, la mar de gracia!...» que decía tartamudeando, echándose hacia atrás, sofocada por la risa...

Matilde había nacido en Madrid, del matrimonio de Carolina Prado con don Juan Landaluce, antiguo empleado de los ferrocarriles del Norte. Sus primeros estudios los cursó en el colegio de San Antonio de la Florida, y aunque se crió enfermiza y mimada, muy pronto sobrepujó a sus

condiscípulas, pues reunía las condiciones del buen estudiante: inteligencia clara, voluntad firme para perseverar en el trabajo y no dormirse ante los libros abiertos, y un amor propio que no consentía ir a la zaga de nadie.

A los doce años ya alcanzaba la estatura que luego conservó; era muy derecha, con su cabeza un poquito grande, de mujer talentosa, sus ojos adormilados y soñadores a veces, a ratos chispeantes y reidores; su nariz levantada de hembra sensual, sus caderas que empezaban a bosquejarse, sus pantorrillas gruesas y fuertes y un aplomo encantador de mujercita vestida de corto. Por entonces celebró una función teatral en casa de unos amigos de Landaluce; todos los actores eran granaderos de quince años a lo sumo, y el papel de protagonista del drama fué encomendado a Matilde, que lo representó a maravilla. Entre los concurrentes estaba Matilde Díez, gloria de nuestra escena, quien, seducida por las actitudes de su joven tocaya, prometió hacer de ella una excelente actriz; pero Landaluce, a quien repugnaba la vida de bastidores, se opuso rotundamente, alegando, para disimular la acritud de su negativa, la menguada estatura de Matilde.

—Esa no es razón—porfiaba Díez—, porque bien chiquitita soy yo...

A pesar de estas insinuaciones, Landaluce sólo transigió en apariencias; y, en efecto, desde la semana siguiente Matilde fué todas las tardes a casa de la insigne actriz. Esta, que ya estaba retirada del teatro, vivía en un elegante pisito de la calle de Lope de Vega, y la enseñanza de aquella niña, en quien su genio presentía una digna sucesora suya, fué en el ocaso de su gloriosa carrera un dulce recreo. Allí, en un espacioso gabinete decorado de azul y separado de la alcoba por una cortina blanca, era donde daban la lec-

ción: Matildita Landaluce recogía la cortina y declamaba dentro de la alcoba como si estuviese en el escenario de un teatro, y la Díez, sentada en el gabinete, de espaldas a la luz, representaba el público: cuando la discípula hacía un gesto inoportuno, o no acentuaba la expresión de una frase, ella, la gran actriz, la interrumpía, la quitaba el papel, si estaba leyendo, y olvidando sus años, reverdecía sus viejos laureles declamando con el incomparable esmero de sus buenos tiempos: así pasaban las tardes sin que ninguna de las dos sintiese la fatiga del trabajo. Desgraciadamente Matilde Díez murió pocos meses después, y su muerte cambió el porvenir de su última discípula.

Quince años tenía Matilde Landaluce cuando conoció a su primer marido, Antonio Santero, mozo simpático y rico que la desposó borracho de ilusión para morir cuatro años después; años voraces, febriles, que pasaron dejándole herido mortalmente: fué la suya una agonía cruel de hombre enamorado que se despide del mundo bendiciendo a la mujer que la pasión escogió para instrumento de su dulce suplicio.

Matilde, que le quería de veras, le lloró mucho, rehuyó la sociedad de sus amigas y todos los domingos iba al cementerio a prosternarse sobre la tumba del pobre muerto. Aquellas tardes de recogimiento pasadas en la soledad del campo santo, apartada del mundo que sofoca, riendo, los gritos del dolor, arrodillada ante la inmensidad del sepulcro, bajo un cielo indiferente, y entregada a revivir los últimos tiempos, la sirvieron de inmenso consuelo.

Pero en el transcurso de aquel primer año de viudez, la intensidad del luctuoso recuerdo decreció; otras escenas fueron distrayéndola, y a medida que su dolor decrecía, la sociedad alegre la reconquistaba con seductores espejismos de pa-

siones, de delirios sin cuento. Volvió a reír, la alegría iluminó sus ojos que la tristeza y las lágrimas derramadas en su solitario lecho de joven viuda habían empañado, y su imaginación acarició otra vez el placer de amar y ser dichosa. El ave fénix de los antiguos, renaciendo de sus cenizas, es la imagen más perfecta del corazón humano; esa viscera traidora que se arranca el fúnebre crespón de sus recuerdos, para revestirse la alegre máscara de la locura y volver a reír.

Así las cosas, atento don Juan Landaluce al consejo que Antonio Santero le dió momentos antes de morir, de casar a su íntimo amigo Pablo Estrada con Matilde, y temiendo que su hija incurriese en los deslices a que las viudas jóvenes están expuestas, concertó aquel nuevo casamiento; hizo que entre ella y Estrada, que a la sazón estaba en Cuba, se cruzasen algunas cartas, y como éste se mostraba propicio a cumplir el deseo de su amigo, todo quedó concertado, y dos años más tarde aquellos novios extraños que nunca tuvieron ocasión de hablar, se casaban por poder.

En estas segundas relaciones no intervino la voluntad de Matilde; la ofrecieron un marido y le aceptó sin protestar, como algo lejano y dudoso. Seis años tardó Pablo Estrada en ultimar los asuntos que le retenían en Cuba, y durante este largo período ocurrieron en la familia de Matilde graves mudanzas: Landaluce murió, Juana y María del Carmen se casaron, y Matilde y su madre fueron a vivir a otro cuartito más pequeño. En aquella casa, acompañando a su madre inconsolable, viendo los muebles que recordaban a las hermanas ausentes y al padre muerto, sintiendo la fiebre de placeres que el fin prematuro de su marido no satisfizo, Matilde experimentó con inaguantable intensidad la nostalgia de su

viudez; y hallándose sola quiso *al hombre*, a un ser indefinible seductor poderoso que flotaba entre las impalpables gasas de los ensueños que poblaban de figuras rientes o sentimentales sus noches de insomnio.

Matilde Landaluce, tan expresiva cuando estaba en sociedad, era a solas esquiva y huraña; sentada en un sillón con una novela sobre las rodillas, junto a la chimenea encendida si era invierno, o frente al balcón abierto si era verano, dejaba correr el tiempo sumida en un marasmo voluptoso; los conceptos estampados en las páginas del libro, el monótono chisporroteo de la madera quemada, todo contribuía a exaltar aquel sopor moral; deleite orientalesco, extraño y remedo exquisito del nirvana indio.

En aquellas horas de plácido recogimiento, lejos del mundo que corre a la muerte, Matilde soñaba con el amante informe de sus pesadillas; aquella quimera constituía su tormento, su sed de ideal, de un más allá borroso, impalpable, como los espejismos del desierto abrasado. Recordaba a su marido, y aunque la muerte enaltece a sus víctimas, comprendía que aquel hombre no era perfecto; le faltaba algo, como a los otros les faltaba también. Las cartas de Pablo Estrada aumentaron su fastidio: le encontraba insípido, vulgarísimo; en medio de los requiebros apasionados, se traslucía el comerciante que procura librarse un porvenir dichoso, pero sin olvidar el precio de su felicidad: en ellas hablaba de cariño y de negocios, de ilusiones y de dinero, de su futuro nido de amor y de lo que la instalación de tan poético rinconcito podía costarles, de besos y de números: era una repugnante fusión de afectos, un idilio escrito al dorso de un pagaré, y Matilde lloraba leyéndolas, y lloraba de despecho, viéndose encadenada a aquel mercader

con pujos de poeta, que cerraba el libro Diario para escribir cartas de amor.

Las mujeres impresionables están predispuestas a caer, y ella cayó también en brazos de un advenedizo que casi le doblaba la edad; rindióse a él estúpidamente, sin meditar lo que hacía, rabirosa, como deseando vengarse del remiso galán de sus ensueños. Y entregó cuanto tenía; los tesoros de su ingenio picaresco, las bellezas de su juventud lozana, las ternuras de su corazón, la magia de sus caricias: todo fué para aquel individuo alto, barbudo, un poco calvo, que no tuvo otro mérito que el de enamorarla a tiempo; y dándose a él creyó satisfacer su afán de ideales, sus romanticismos de mujer que ha leído mucho, y estimó amor legítimo lo que sólo era un vértigo de carne. Así vivió tres años, gozando el misterio de aquella pasión, buscando por las tardes a su amante para mitigar en un cuarto, bien cerrado, la fiebre que les consumía y saboreando a solas por las noches en su lecho, el goloso sabor de los besos recibidos. Y entretanto Pablo Estrada seguía escribiendo por *primera via* sendas cartas de amor en papel comercial...

Aquel hombre aminoró en Matilde la obsesión lancinante de su quimera, ofreciéndola un amor real, orlado con la poesía del crimen, y que causaba su imaginación rindiendo sus nervios. Mas su ilusión duró poco, pues su amante murió repentinamente de un ataque cerebral, sin hacer un gesto ni lanzar un quejido, como el buey que recibe un mazazo en el testuz.

Matilde le lloró como años atrás llorara la muerte de Antonio; pero sus lágrimas fueron más tristes, pues el origen de su dolor era inconfesable, y las devoró en silencio, como en secreto había paladeado las caricias del muerto. Volvió a quedar viuda y el informe fantasma de sus en

sueños reapareció; y tornó a divertir sus soledades sentándose junto a la ventana abierta o al amorcillo de la lumbre, y allí permanecía muda, como si en aquellos solemnes instantes de silencio escuchare la voz del Destino.

Y pasaron dos años preñados de hastío; Pablo Estrada escribía asiduamente, demostrando mucho amor y mucho juicio, y anunciando su regreso a la Península. Cada una de aquellas cartas provocaba largos comentarios: doña Carolina lloraba de gozo, soñando un porvenir plácido, embellecido con la presencia de traviosos nietezuelos: Matilde, devorada por sus recuerdos, callaba y sonreía con una risa más triste que un sollozo.

Con la venida de Estrada sufrió Matilde Landaluce una terrible decepción, porque desgraciadamente la figura de Pablo completaba el espíritu informador de sus cartas. Representaba cuarenta años; era de regular estatura, delgado, con los brazos demasiado largos y las piernas arqueadas, el busto exiguo, la cabeza ladeada; y aunque nacido en Asturias, tenía ese acento meloso, insoportable, de los habitantes de la gran Antilla, que arrastran las vocales finales de las palabras con esa pereza tropical que recuerda las cavañas dormidas al pie de las palmeras.

Los recién casados se vieron por primera vez en casa de Matilde y en presencia de su madre; Pablo fué recibido en la salita, una habitación pequeña decorada con muebles de color rojo oscuro; doña Carolina ocupaba una butaca, Matilde otra, de espaldas a la luz; Pablo Estrada se instaló en el sofá. Doña Carolina contemplaba a su yerno con arrobó, cual si fuese una especie de dios tutelar o de ángel ultramarino dotado de sérificas cualidades; y Matilde, encogida en su asiento, le veía y temblaba; era la primera vez

que un hombre la infundía miedo y que no cuidó de ser hermosa.

Pablo Estrada vestía un traje gris claro, camisa con cuello marinera, corbata verde, zapatos blancos y sombrero de jipijapa. Al principio estuvo intranquilo, el busto rígido, las manos sobre los muslos y separadas las rodillas; luego, vencido por la pereza y las fatigas del viaje, apoyó el cuerpo sobre el respaldo del sofá y cruzó una pierna sobre otra, como hombre que poco a poco va convenciéndose de que está en su casa.

La conversación desfloró diversos asuntos. Hablaron ligeramente de Antonio Santero, conviniendo todos en que fué un excelente muchacho; y después, de Cuba, de las enfermedades que allí se padecen, de la existencia lánguida que arrastra el comercio habanero, del presente, del porvenir...

Estrada era un asturiano que olvidó en Ultramar la dulce poesía de los países montañosos. Cuba era su verdadera patria, allí se enriqueció, de las entrañas de aquella isla fecunda había arrancado el capital que pensaba disfrutar tranquilamente en su vejez: emocionóse recordando las campiñas, las apocalípticas tormentas y las plácidas noches tropicales; y luego, dejando divagaciones aparte, una soporífera disertación acerca de la zafra en los ingenios, del cultivo del tabaco y de la influencia que Cuba ejercería en el comercio si canalizasen el istmo de Panamá; entonces, las aguas del Océano Pacífico, al mezclarse con las del Atlántico, determinarían una poderosa corriente submarina que extirparía el vómito del golfo mejicano, y la isla podría relacionarse directamente con los centros fabriles del litoral occidental de América y del Archipiélago filipino.

Esta conversación le entusiasmó tanto, que llegó a confesar el sentimiento que le causaba ha-

berse retirado tan pronto del comercio. Después refirió sucintamente los accidentes del viaje: desembarcó en Santander, y sin detenerse a gozar las bellezas de la pintoresca ciudad, facturó su equipaje y subió al tren mixto que salía para Madrid... Y allí estaba, con su traje gris claro salpicado de manchas grasientas, un sombrero de jipijapa y su semblante marchito de hombre que ha rodado durante veinticuatro horas en un fementido coche de tercera. De pronto, recordando sus obligaciones de esposo novel, dirigió a Matilde algunos requiebros acerca de la agradable impresión que recibió al encontrarla tan hermosa y tan superior al retrato que meses antes le enviara; y ya más contento, habló del porvenir, diciendo que pensaba comprar un hotelito bien soleado en los alrededores de Madrid, y vivir tranquilo, entregado a la horticultura y a la cría de palomas. Luego, mientras doña Carolina conducía solícita a su yerno al cuarto que con oportuna antelación le preparaba, Matilde permaneció inmóvil, aturrida por el golpe de su infortunio.

Ella nunca imaginó a Pablo Estrada tan insípido ni tan prosaico. Estrada tenía el color cetrino, el rostro aguileño, la barba rala y puntiaguda, las orejas grandes y delgadas, de los enfermos del pulmón; los ojos pardos de mirar insistente y penetrante; ojos preguntones de agente policíaco o de comerciante que sondea a su interlocutor inquiriendo la dosis de buena fe que hay en el negocio que le propone.

Oyéndole hablar acabó de conocerle. Le vió apenarse un instante recordando al amigo muerto y luego discurrir largamente acerca de Cuba, una tierra que amaba porque en ella se enriqueció; y de la caña de azúcar, y del medio de sanear los terrenos de plantío y de la canalización del istmo de Panamá, cuestiones todas que más o menos

de cerca interesaban al comercio, única preocupación de su vida: y, finalmente, sorprendió su movimiento de pesadumbre por no haber continuado trabajando hasta esquilmar los recursos de su industria; gesto de avaro insaciable, de especulador metalizado para quien todas las pasiones, excepto la del dinero, son lujos del corazón, humoradas del sentimiento; ademán victorioso que reveló el espíritu mercantil de aquel hombre que soñaba engrandecer su fortuna abriendo al mundo en canal. Y agotando aquella conversación, ni una frase acerca de sus impresiones al divisar desde la cubierta del buque las montañas santanderinas tan semejantes a las asturianas; ni un recuerdo consagrado a su niñez o la memoria de sus padres: sólo tuvo para Matilde algunas galanterías banales y la promesa del hotelito, en el cual el espíritu suspicaz de la joven adivinó al hombre práctico que quiere asegurar su capital invirtiéndolo en bienes inmuebles...

Y cuando se marchó a su cuarto, precedido de doña Carolina, siguió viéndole su imaginación, con su traje color gris claro, su sombrero de jipijapa, sus botas blancas, su color cetrino, sus ojos inquisitivos de mercader desconfiado, su barba rala y puntiaguda, sus brazos demasiado largos y sus piernecillas arqueadas, su conversación monótona, su empalagoso acento habanero, su voz que a ella le parecía sonar a moneditas de oro; su tipo, en fin, de hombre que se retira creyendo que su misión ha terminado, y sin más esperanzas ni otras ilusiones que las simbolizadas en el lazo de su corbata verde...

La primera noche de amor con Pablo Estrada la pasó en su alcobita de viuda, y cumplió sus deberes de mujer casada sin resistencia ni ilusión, como un cuerpo inerte; poco después su marido halló en Cuatro Caminos un hotel que reunía las

comodidades apetecibles y allí se trasladaron inmediatamente. Cuando Matilde Landaluce, tan comunicativa, tan mundana, se encontró recluída en la soledad de su retiro, sin más compañía que la de su madre y la de Pablo, el hotelito convirtióse para ella en cárcel durísima; su marido, en el más abominable de los carceleros, y su madre en una vieja de carácter seco, anguloso, punzante y agresivo, como una bayoneta.

Allá lejos quedaba Madrid, con su juventud aventurera, sus bailes, sus lances amorosos, sus hombres apasionados, sus teatros rebosando alegría viciosa... todo había concluído y su belleza y su ingenio eran inútiles, pues que el amante deseado no vendría a poseerla.

Pablo Estrada no era celoso; adoraba en su mujer, pero la quería mansamente; jamás la interrogó acerca de su pasado, ni procuró explorar las reconditeces de su pensamiento; estaba cierto de que ella le quería, con esa convicción tranquila característica de los necios; achacaba su falta de cariño a cortedad de genio, y así vivía, inalterable como un reloj de sol, satisfecho de su mujer y de la marcha de sus asuntos, entretenido en las labores de su huerta y en la cría de sus palomas.

Un domingo Pablo Estrada no pudo ir con Matilde a misa y ella salió sola: en las semanas siguientes ocurrió lo mismo y la joven sintió que aquellas raras horas de libertad la producían grandísimo consuelo: permanecía en el templo hasta que iban a cerrarlo, y regresaba a su hotel muy despacio y por el camino más largo: a falta de otras diversiones se aficionó a la iglesia y aplacaba su sed de ideal confundiendo en una aspiración, sus ilusiones juveniles y su amor místico; después trabó conocimiento con otras señoras, también propietarias y vecinas suyas, y en aque-

llo hubo nuevos motivos para escaparse a la calle casi diariamente, y de este modo, mientras ella se aficionaba a salir, doña Carolina y Pablo Estrada se acostumbraban a dejarla marchar.

Transcurrieron muchos meses, más de un año, y la joven encontró angosto el medio en que vivía; quería más distracciones, más libertad; el término de sus afanes estaba en Madrid, allí era por donde quería andar, pero sola, como en sus buenos tiempos de viuda entretenida.

El pretexto lo halló en la enfermedad de su hermana Juana; su marido no podía atenderla porque los asuntos de su oficina le reclamaban, y Matilde y Pablo hubieron de constituirse en enfermeros, pero la dolencia se prolongaba, y luego empezó a iniciarse una convalecencia lenta e insegura que prometía durar mucho. Estrada se aburrió de soportar las impertinencias de su cuñada, y Matilde continuó cumpliendo sola y con hipócrita indiferencia, sus deberes fraternales; más tarde y poco a poco, con un tacto de diplomático consumado, consiguió salir diariamente recurriendo a diversos ardidés.

En aquellas escapatorias que siempre costaban trabajos y dinero, Matilde Landaluce no perseguía ningún fin; sólo esperaba la realización de su ensueño: creía verle de un momento a otro, saliendo de un portal, subiendo a un tranvía... aquel hombre seductor la rendía con razones avasalladores; y después ella, teniendo aún las mejillas arreboladas por el fuego de los besos recibidos, le contaba su historia con acentos de niña mimosa: su viudez, la muerte de su primer amante, sus horas de nostalgia ante la chimenea encendida; sus relaciones de seis años con el rico indiano que la escribía cartas de amor en papel comercial; su reclusión en aquel hotelito cuyos cimientos parecían gravitar sobre sus pulmo-

nes; su juventud perdida para el deleite, anegada en lágrimas, asaeteada de recuerdos fúnebres...

Pensando en estas mágicas aventuras iba siempre, y cuando llegaba la hora de volver a su retiro, y subía en la Puerta del Sol al tranvía de Cuatro Caminos, y cruzaba la solitaria planicie extendida ante el jardinillo de su hotel, se admiraba de que el ser anónimo tan esperado, no hubiese aparecido. ¿Por qué no iba a verla?... ¿Le retendría el Destino prisionero bajo las bóvedas de algún palacio de cristal?...

Como toda mujer de corazón ardiente, era algo supersticiosa; y aunque estaba persuadida de que los sortilegios y bebedizos que componen las gitanas para atraer a las voluntades separadas, son puras invenciones, creía vagamente en la virtud profética de las cartas, y en que las sotas combinadas con los reyes y los bastos o los caballos saliendo en pos de copas o de espadas, son los signos que componen el misterioso alfabeto del libro del Destino.

Con este pensamiento y como quien no otorga importancia a tamañas vulgaridades, habló con una corredora de alhajas, que era pitonisa a ratos; y, en efecto, ésta le dijo que era casada, que tendría un amante y un hijo adulterino, que moriría desesperada... y un rosario más de peripecias que dejaron a Matildita Landaluce tan perpleja como antes.

En sus largas conversaciones con Juana, Matilde fué revelando paulatinamente el incurable tedio de su vida: los dolores de la joven hallaron eco en el corazón de su hermana, que también se aburría; y como la crítica de los maridos es un tema inagotable para las mujeres mal casadas, sus confesiones no tenían término; siempre quedaba algún secretillo pendiente para la entrevista próxima, algunos días almorzaban juntas, y en

esta intimidad sobre la cual vigilaba el pecado con su rostro de sátiro, pasaron muchos meses.

Una noche, yendo en el tranvía de Cuatro Caminos, conoció Matilde a Claudio Antúnez: ella le miró de reojo, sacudida por un inexplicable magnetismo: era el hombre de sus ensueños, su ideal encarnado, destacándose del mundo nebuloso de las quimeras, con una arrogante figura de gladiador romano: alto, vigoroso, con sus ojos inquietos y su enerespada cabellera de artista; sus manos velludas de atleta, su boca voraz, su voz potente, metálica, de marinerito viejo acostumbrado a dominar el fragor de las tormentas. Matilde concibió en seguida la idea de retenerle con los hechizos de su carne; y después lloró escuchando la palabra insinuante del pintor, porque Claudio respondía inconscientemente a sus romanticismos; y gustó de verle tan prendado de su arte, porque ella también era una artista que recamaba de flores brillantes el porvenir incierto.

Todo coadyuvó a su caída: el misterio de la iglesia, la conversación en el café, la nostalgia de aquella tarde de invierno, aquel cielo blancuzco, velando el camino solitario que serpeaba a través de la llanura desierta; aquel arroyo seco ofreciendo en su cauce un tálamo a sus amores, aquel hombre murmurando en su oído frases ardientes, invitándola a realizar sus supremos anhelos juveniles... Y cayó, cayó de súbito, deseando acelerar el instante de su perdición, dándose por entero, sin estas impertinentes esquivas de las virtudes metódicas que calculan de antemano los favores que han de otorgar.

Claudio Antúnez reunía la gentileza, el arrebatado, la palabra fácil, la voz simpática y la altitud de miras de su ídolo: ella le había soñado así: garrido, valiente y genial: un tipo de belleza clásica, que llevase la artística cabeza de Rubens sobre los hombros atléticos de Danton.